

Psicoanálisis y feminismo: aportes para una comprensión de la feminidad*

Entrevista a la Dra. Emilce Dio Bleichmar
*María Jiménez***

La mujer, soporte afectivo.

M.J.D.: ¿Qué podrías decir en relación al concepto de género como identidad?

E.D.B.: Permite definir, tanto la feminidad como la masculinidad, en estrecha relación con el origen y estructuración del Yo de toda persona. Desde que un niño/a puede nombrarse a sí mismo, la palabra lo posiciona en un mundo de diversidades masculino/femenino -como las palabras mismas que poseen género femenino/masculino- mundo de diversidades, que tiene su soporte singular en la mamá/papá que les corresponda, y a quienes se identificarán y diferenciarán respectivamente.

M.J.D.: En las instituciones de enseñanza del psicoanálisis, no se trabaja con la categoría de género. ¿A qué crees que se deba?

E.D.B.: El concepto de género pone en cuestión a la sexualidad como la marcación exclusiva que estructura la identidad de un sujeto, al situar el origen de la identidad en el Yo, su constitución a lo largo y ancho de las identificaciones y oposiciones a los padres como ideales primarios. En este sentido cuestiona uno de los pilares

* Entrevista realizada en Madrid, Enero de 1990.

** Analista en formación, Círculo Psicoanalítico Mexicano. Trabajó con mujeres en sectores populares y en CIDAL, en el programa mujer y salud.

de la teoría psicoanalítica, la fórmula freudiana: "la mujer no nace sino que se hace", requiere actualmente una reformulación. Tanto la feminidad como la masculinidad son construcciones culturales, pero es posible situar una feminidad primaria, sin recurrir al recurso empirista y de alto tenor naturalista de plantear que la nena se sabe nena desde muy pequeña porque conoce su vagina. No es la anatomía o el conocimiento precoz de su cuerpo lo que define la identidad femenina temprana, sino su identificación al doble del género y su distinción del "otro distinto".

Esta feminidad temprana, este ser nena-mujer se modela sobre el rol maternal. Las nenas juegan a la mamá, a la casa, a las muñecas, es decir, conforman su identidad temprana, su Yo femenino sobre el molde de **ser madre** o sea sobre el patrón del cuidado del otro. A partir de estas experiencias los deseos centrales del Yo femenino, la motivación que va a vertebrar su vida entera, será estar al servicio, y tratar de satisfacer los deseos del otro.

Esto conforma la identidad, porque la mujer va a situar las relaciones afectivas, las relaciones personales, el estar pendiente del estado emocional del otro, (madre, padre o hermano) en el centro motivacional de su vida. Por lo tanto, cada vez que en su existencia la relación afectiva sufra alguna crisis, no es sólo la relación que se halla en peligro, sino también su identidad la que tambalea. Todo lo que ha sido después en términos del ciclo tradicional de la mujer, menarca, primeras relaciones sexuales, embarazo, aborto, menopausia, debe ser reconvertido y recentrado. Las vicisitudes de su vida sexual son la fachada, la mascarada detrás de la cual hay que buscar el desequilibrio de sus relaciones afectivas. La organización de su identidad está permanentemente atravesada por este énfasis en la relación afectiva. Esto explica por qué las mujeres lanzadas a la vida científica, profesional y cultural, que tienen que responder a estas exigencias se encuentran en constante conflicto y oposición con ellas mismas. La multiplicidad de roles modifica y trastoca no sólo sus vidas, sino y sobre todo, sus patrones de feminidad, su identidad.

M.J.D.: ¿Qué pasa cuando hay parejas que buscan romper el estereotipo, el hombre se vería amenazado al fungir como soporte, no sabría como hacerlo? ¿qué pasa cuando al hombre se le exige cuidar a los hijos, preocuparse por las relaciones familiares, afectivas? ¿se podría hablar entonces de una crisis en su identidad?

E.D.B.: Claro, el hombre también se encuentra en falta con el modelo masculino vigente que se le exige. Si tiene que responder a otras demandas: soporte familiar junto a su tarea de dominio o de conquista del mundo, puede comenzar a tener conflictos. El hombre tiene que hacer un trabajo de superación del estereotipo para poder sentirse cómodo con esta nueva identidad de soporte afectivo. Estos procesos no son exteriores a la subjetividad, están incluidos en lo que es la estructura del Ideal del Yo de las mujeres y de los hombres, de las madres y de los padres.

Subjetividad.

M.J.D.: ¿Qué sería entonces la subjetividad?

E.D.B.: El conjunto de interiorizaciones de las exigencias que la organización familiar y social imponen a un cuerpo en particular para su humanización, situándolo en un lugar y en un papel. Pero el papel, (el rol) no es solamente un lugar social, constituye una instancia subjetiva, es la identidad femenina/masculina que normativiza la conducta en su conjunto: sexual, familiar, social. Si algo le debemos a Lacan es el haber reconocido en el inconsciente una estructura preexistente al sujeto en su individualidad. Pero las feministas debemos tener en cuenta que *lo simbólico* que aprisiona al sujeto, no es un significante aislado, no se trata de un lenguaje desvinculado de la historia de las relaciones de poder.

El Superyo de las mujeres está fundamentalmente ligado a la responsabilidad por el cuidado de la vida, del cuerpo, de la integridad de la relación afectiva. Cuando como mujer, fracasas en esta labor, te sientes en falta; por otra parte, si eliges o privilegias tu trabajo o profesión por encima de tus relaciones personales, también surge el malestar. Esto es ajeno a la subjetividad masculina, no falta a su identidad si antepone al cuidado cotidiano el dominio del mundo, todo lo contrario, en esto consiste su responsabilidad. El estudio del inconsciente nos permite seguir el recorrido de como la naturaleza deviene cultura y como la cultura es experimentada como una segunda naturaleza, como algo natural, como bien señala Nancy Chorodow.

M.J.D.: ¿Al hablar de subjetividad, te refieres también al inconsciente?

E.D.B.: La subjetividad es el conjunto de las representaciones que cada uno tiene de sí mismo y del mundo; estas representaciones conscientes e inconscientes, no son independientes del mundo en que está inmerso el sujeto, no son producto de su propia elucubración, ni son producto exclusivo de sus pulsiones.

Si hay algo de teoría freudiana muestra es que cuando el niño vive la ansiedad de castración, cuando descubre la posibilidad de ser amenazado por el padre, el interés narcisista, la pulsión del Yo, es capaz de liquidar su deseo sexual. Freud demuestra como el hombre en función de su supervivencia e integridad, renuncia y reorienta su pulsión, esto quiere decir que la presión social, la Ley, tuerce, bloquea, modifica la naturaleza, el deseo sexual. Esto es lo que las mujeres tenemos grabado a fuego: la renuncia, la postergación o la represión del deseo. Si hay alguien que se hace cargo de la ley social es la mujer. De hecho, el incesto es mucho más raro entre madre e hijo que entre padre e hija. La mujer se somete mucho más a la ley social que el hombre.

La mujer tiene la culpa permanentemente ligada a su sexualidad. La culpa tiene que ver con ese forzamiento que hace de su sexualidad en función de una posibilidad de existencia legitimada. El deseo de la mujer tiene que ser controlado, mantenido sujeto. El Superyo del cuidado, ligado a la responsabilidad de la vida, constituye un código moral inherente a la feminidad. No es el caso del hombre, éste puede tener una paternidad irresponsable ¿Qué es sino, esa figura del padre irresponsable? ¿por qué la paternidad tiene que ser obligada? La maternidad no es obligada, es *natural*, por eso cuando una mujer abandona a su hijo, se dice que es madre desnaturalizada; es natural porque es aquello que el rol impone a la mujer.

Si examinamos el deseo sexual femenino, se halla articulado en la subjetividad en forma distinta al del hombre, si estudiamos el Superyo, el Yo de la mujer, también encontramos diferencias.

M.J.D.: Qué importante es esto, porque en el estudio acerca de la patología, a veces Freud hace distinciones entre hombres y mujeres, pero desde mi punto de vista, no queda claro este intento. En la clínica se tiende a afirmar que la histeria se da mayormente en la mujer y se manifiesta en hombres y mujeres con las mismas características. ¿Qué piensas tú, la patología tiene género?

E.D.B.: En el caso de la patología grave, la psicosis esquizofrénica o las depresiones bipolares no parece haber evidencia; en las neurosis, histeria, depresión, sí se destaca el factor género. Si consideramos la pérdida de autoestima como un factor central en la depresión, las fuentes de autoestima son diferentes para la mayoría de los hombres y las mujeres. Además, en el terreno de la depresión, las estadísticas mundiales hablan por sí solas: la frecuencia en la mujer es el doble que en el hombre, la depresión en la mujer es una omnipresencia a lo largo de toda la vida; hay estados de depresión subliminal, aún no categorizados, frecuentes en las mujeres.

M.J.D.: ¿Se podría hablar entonces de una subjetividad masculina y una subjetividad femenina?

E.D.B.: Actualmente existe un número creciente de trabajos que perfilan una clara diferencia en la subjetividad de hombres y mujeres. En realidad no podría ser de otro modo, si constatamos continuamente que existen desigualdades, distintas oportunidades, distintas tareas y funciones en hombres y mujeres, la subjetividad no puede organizarse al margen de esta situación.

La devaluación femenina, ligada a las estructuras de lo simbólico.

M.J.D.: Has trabajado ampliamente con el concepto de género, quisiera preguntarte en particular ¿qué es lo que el género aporta a la teoría psicoanalítica? ¿es posible entablar un enlace con ésta? ¿por qué sería importante incorporarlo?

E.D.B.: El concepto de género ha constituido un gran aporte para los *Estudios de la Mujer* porque permite establecer un origen de la identidad femenina y de la feminidad, no marcado por la falta, ni por desviación alguna. Permite entender la socialización de la niña, la entrada en el circuito edípico, en términos psicoanalíticos, como una etapa de reorganización, de un pasaje, de una identidad femenina inicial a una segunda, a partir de la cual los significados devaluadores de la mujer ejercen todo su poder. Estas *supuestas faltas* de la mujer no son ni de orden biológico, ni subjetivo, sino de ordenamiento, de división del trabajo, de dicotomización de roles. Esta *falta* entendida como desigualdad cultural, simbólica y jurídica se incrusta en la subjetividad y entra en contradicción con ese núcleo de identidad femenina inicial ligada al rol maternal, por lo

cual nunca más las cualidades femeninas -aprendidas en la relación madre-hija temprana- van a tener la misma jerarquía que las masculinas. La capacidad de empatía, de comprensión del otro, de responder adecuadamente a las demandas humanas, es decir, las condiciones básicas de humanización están cubiertas por el cuidado materno. Sin embargo, estas condiciones y atributos nunca han sido suficientemente reivindicados.

Entonces, lo que introduce el concepto de género, es la posibilidad de entender la devaluación femenina como un efecto de las instituciones de lo simbólico, y comprender de este modo, como a lo largo de la historia de la civilización se mantiene y reproduce una teoría sexual infantil: la castración femenina.

La fundamentación de la devaluación femenina no tiene que ver, como creía Freud, con una inferioridad de su cuerpo, de sus órganos genitales, con una subjetividad entendida como correlato del cuerpo que condiciona a las mujeres a un carácter receptivo y al masoquismo, sino que tal devaluación es un efecto subjetivo de la forma de operar de la categoría mujer, en las estructuras de lo simbólico: lenguaje, cultura, organización social, organización jurídica, literatura, filosofía, desde los albores de la humanidad. Si incorporamos el concepto de género, podemos entender que en el inconsciente de cada mujer la figura de la madre incluye una pelea con su destino, con una definición que, se le impone y con la cual puede hallarse en franca oposición. El enfoque clásico ha considerado que esta lucha era una vicisitud psicológica: las tormentosas y conflictivas relaciones madre-hija reduciendo un problema de género, a un problema exclusivamente de psicología individual. No se trata de una pelea con la madre en tanto sujeto individual (aunque en la subjetividad se viva de este modo), se trata de una pelea con el modelo de feminidad.

El problema de la feminidad es que ninguna mujer está del todo de acuerdo con su madre (aquella que lo consigue es por lo general después de un trabajo de autoesclarecimiento). El gran problema de la mujer no es cómo cambia de objeto de la libido, -como creía Freud- pues por lo general la mujer tiene facilitado el vínculo con el hombre (el hombre se constituye en el que detenta el poder -el valor fálico), sino que el problema de la mujer es cómo legitimar sus raíces que la unen a la feminidad materna, y como reivindicar los valores de la feminidad que proviene de la maternidad, no

míticamente, es decir, no en torno a la sobreprotección del hijo, sino utilizando esos valores para la propia afirmación.

M.J.D.: ¿Qué autores dentro del psicoanálisis han interpretado la feminidad sin reproducir ese modelo devaluatorio?

E.D.B.: Melanie Klein, Karen Horney, también han planteado una feminidad primaria, pero han situado la feminidad en términos de un conocimiento innato de los órganos genitales, remitiendo nuevamente la feminidad a la biología. El concepto de género, permite situar la feminidad en términos interpersonales, en términos de identificación a la madre, en términos de creencia social. El autor que ha trabajado más este tema es el psicoanalista norteamericano Robert Stoller. Stoller se basa en los trabajos de Money, que es quien acuña el concepto de género en USA, Nancy Chorodow, Jane Baker Miller, trabajan en esta dirección.

Hacia una lectura del psicoanálisis freudiano.

M.J.D.: El concepto activo-pasivo sigue armando mucho ruido, y se afirma que cuando se interpreta en términos devaluatorios para la mujer es porque no se comprende a Freud, que se le está malinterpretando, ¿Qué opinas?

E.D.B.: Pienso que en Freud podemos encontrar dos acepciones; una que podríamos denominar reducida: lo activo y pasivo como fines de la pulsión, penetrar o recibir el pene. Los fines pasivos no tienen por qué ser devaluadores de por sí. Pero Freud tiene otra acepción de lo activo y de lo pasivo que se desprende de la lectura del artículo: *La sexualidad femenina*. Da ejemplo del juego en los niños, la transformación de la experiencia sufrida pasivamente en una acción activa. Lo que le permite elaborar la situación traumática es convertirse en sujeto de la acción: le hace al muñeco, al hermanito o a quien sea, aquello que sufrió pasivamente. Freud agrega, que no todos los sujetos tienen la misma capacidad de reacción frente a aquello que sufren. Pero curiosamente sostiene, que esta capacidad de reacción es un atributo o función intrínseca al componente masculino, o sea, que la noción de actividad en este caso no se reduce al fin de la pulsión, sino a una capacidad para la acción, por lo tanto, el hombre *nacería* con repertorios biológicos que le proporcionarían mayores grados de libertad. Vemos que Freud también es tributario del paradigma que

impera en las ciencias sociales: la atribución de distinciones psicológicas entre hombres y mujeres -que en realidad constituyen ordenes de jerarquías, de dominios- que se categorizan como componentes diferenciales de la *naturaleza* biológica o anatómica.

La mujer es sumamente activa para el cuidado de la cría, el interpretar lo activo como masculino y lo pasivo como femenino encierra la marca del prejuicio sexista y contribuye a la reconstrucción simbólica de la devaluación femenina. Freud lo repite cuando sostiene que someterse al sufrimiento es un componente femenino de la conducta.

¿Masoquismo femenino?

M.J.D.: Ya podemos llegar a ésta otra pregunta, porque ya empezaste a hablar de la constitución masoquista en la mujer; tu que piensas, ¿por qué se sigue interpretando hoy en día a las mujeres en la clínica como masoquistas, es ésto constitutivo de la feminidad?

E.D.B.: En la medida en que el patrón de análisis sea el placer sexual, el logro, o empresa personal, las mujeres tienden a anteponer a estas motivaciones una otra, primordial: el mantenimiento de la relación afectiva a cualquier precio. Si su identidad femenina le impone que una *buena* mujer es aquella que cuida que sus relaciones amorosas, de su familia, el cuidado del otro implica, de hecho, una postergación de sus deseos y ésto conduce a tolerar mayores grados de sufrimiento; prefiere conservar el vínculo a gozar, prefiere postergarse a destacar.

M.J.D.: No quiere decir ésto que todas las mujeres sean así por naturaleza, ¿tendría que ver entonces con el lugar que se les atribuye socialmente?

E.D.B.: Tendría que ver con lo que la mujer instituye como valor o atributo valioso de su comportamiento: generosidad afectiva, disponibilidad para el cuidado, complacencia, no ser agresiva, ser una buena compañera, no tener opiniones que generen conflictos y tensión en las relaciones.

Freud describió el masoquismo erógeno como una condición de sufrimiento físico para obtener placer sexual. La perversión es mucho menos frecuente en la mujer que en el hombre; las personas que en la relación sexual se hacen golpear y que buscan esa condi-

ción de sufrimiento físico para obtener placer estrictamente erótico, son en su mayoría hombres.

Hablando de la sexualidad: "el análisis es como una mujer".

M.J.D.: ¿Cómo influye el concepto de sexualidad vigente en la cultura, sobre la salud mental del hombre y de la mujer?

E.D.B.: La relación sexual funciona para el hombre como el mejor antidepresivo. Un hombre tiene alguna tensión narcisista, algún bajón emocional y se busca una mujer. El orgasmo actúa como excelente antidepresivo, tiene esa función en la subjetividad masculina.

Las mujeres que funcionan con este patrón como una forma de resolver ciertos problemas de su propia vida, o de su propia identidad, la pasan muy mal, no les sirve. Es decir, la relación sexual no sirve como antidepresivo para la mujer porque no la legitima, ni contribuye a valorizarla. La sexualidad actúa en oposición al narcisismo femenino, no exalta su Yo. Toda mujer que hace de la sexualidad una práctica frecuente disminuye su valor como mujer, la convierte en *promiscua*, figura social que tiene un valor completamente distinto a *mujeriego*.

M.J.D.: ¿Eso tiene que ver con que para cada género la función sexual tiene un valor diferencial que está dado por las prácticas sociales, que tiene un valor distinto si la ejerce un hombre que si la ejerce una mujer? o sea, aunque hoy en día las costumbres sexuales están cambiando, ¿todavía la doble moral sigue siendo una regla?

E.D.B.: Exactamente, una cita de Freud, en una carta que le manda a Stephen Zweig, próximo a morir, del 20 de julio de 1938, lo ilustra: "el análisis es como una mujer que si quiere ser conquistada sabe que tiene que mantener cierta resistencia para conservar la autoestima".

M.J.D.: ¿Esta sería una forma de seducir a la mujer?

E.D.B.: No solamente una forma de seducir, la motivación no reside sólo en conquistar al hombre. La resistencia, o el control del deseo, no solamente es una técnica interpersonal, es una estrategia intrapsíquica de la propia mujer para mantener su autoestima. La autoestima no nace como los champiñones de la tierra, nace de este circuito con el otro y con lo social, no solamente le parece que resistiéndose un poco conquista al hombre, sino que mantiene en

equilibrio su autoestima. El imperativo femenino exige: "antes de ceder ante mi deseo, tengo que tener ciertas garantías, tengo que ser querida, apreciada".

Esto tiene que ver con cierto feminismo espontáneo, en el sentido de que hay un cuidado por la femineidad en la historia, aspecto no comprendido desde la óptica masculina, que hay que reivindicar. Se piensa que la mujer es un reservorio de malas artes, una caja de Pandora, tratando de engatusar al otro para sus fines.

M.J.D.: ¿Cuáles son sus fines?

E.D.B.: Son muchos, pero el más importante es el mantenimiento de su autoestima, y ésta es una necesidad de la mujer que compite en su subjetividad con el deseo sexual y, por lo general, domina.

La maternidad supone una ética de base para los seres humanos.

M.J.D.: Desde el feminismo se afirma que lo que la opresión de la mujer tiene de universal, radica en el rol de madre, ¿estarías de acuerdo con esto? ¿cómo lo fundamentarías desde el psicoanálisis?

E.D.B.: Creo que desde el punto de vista social, está super probado que es el rol social de la maternidad lo que la circunscribe a un exclusivo modo de funcionamiento, el ámbito privado. Pero desde el punto de vista psicológico y psicoanalítico, el rol materno contiene un valor máximo desde lo femenino: su capacidad de estar a tono con el otro, una verdadera *ética del semejante*, es decir, su perspectiva incluye siempre al otro. Se trata de uno de los valores que la cultura debiera poner de relieve y contraponerlo a los valores del individualismo salvaje del orgasmo de un con uno mismo, del otro como encuentro imposible, como preconiza el lacanismo.

En la femineidad que contiene este ingrediente maternal hay una ética de base que es el *estar siempre pendiente*, incluyendo al otro como un semejante al que hay que conocer y respetar. Pero al mismo tiempo, esta actitud maternal al no ser legitimada, al no ser reconocida y al convertirse en una exclusiva obligación femenina, posterga a la propia mujer y la falsifica. Por eso estoy de acuerdo con la lucha del feminismo en contra de toda definición exclusiva de la mujer en torno al rol maternal.

M.J.D.: La teoría kleiniana que le da tanto peso a la función materna, ¿podría ser considerada como una teoría culpabilizadora en

algún momento de las mujeres, que tratan de salir de esta trampa social?

E.D.B.: Es una pregunta compleja pues M. Klein aporta un enorme conocimiento sobre las truculencias de la relación madre-hija, sobre el papel de la madre en la estructura psíquica, subrayando su importancia, sobre la omnipresencia de la figura de la madre en la psicología femenina y masculina. Al mismo tiempo, describe una madre irreal y un niño que odia, que fundamentalmente odia y está lleno de instinto de muerte, y creo que esto no da cuenta de la realidad de lo que es el bebé en una relación.

El psicoanálisis feminista tiene que ver con buscar salidas y soluciones a los conflictos de las mujeres.

M.J.D.: Cada vez más se desarrolla en el psicoanálisis la demanda de un enfoque no sexista en la práctica psicoanalítica, y se habla de interpretaciones no devaluatorias de la feminidad. Esto se conecta con algunas demandas del feminismo y quiero además incorporar aquí mi sentir profesionalista, al escuchar afirmaciones irónicas o peyorativas en torno a que la postura feminista dentro del psicoanálisis tienen que ver con un infantilismo y lleva a contaminar el análisis del paciente. ¿Qué piensas al respecto?

E.D.B.: Es difícil responderte. Toda mujer que se compromete en una terapia, como terapeuta o como paciente, tiene que explorar sus autoengaños, y la reivindicación feminista puede ser una forma de utilizar la ideología como autoocultamiento. Desde esa perspectiva, una postura feminista podría ser entendida como una suerte de infantilismo, porque podría desconocer los aspectos paranoides, proyectivos, reivindicativos. Yo creo que la postura feminista tiene que incluir la dimensión de la subjetividad. La mujer puede engañarse tanto como cualquier hombre y en ese sentido un psicoanalista tiene que estar siempre en su rol de psicoanalista. Si yo utilizo la ideología para defenderme de un saber sobre mi misma que me conflictúa y me interfiere en mi capacidad de intimidad, de amor, de cuidados y de protección, eso tiene que ser contemplado.

Pero toda búsqueda de la mujer de una identidad más valorizada, de una mayor oportunidad para el desarrollo personal sin tantos costos psíquicos, no puede ser interpretada como rivalidad con el

hombre, o una actitud castradora, o que no acepta su propia castración. Si la lectura es ésta, también es ideológica. O sea, que los problemas son de una insuficiencia de comprensión por ambos lados, tanto del psicoanálisis como del feminismo.

M.J.D.: Se dice que el psicoanalista debe asumir como un *deber ser* una postura de no contaminación ideológica ¿crees que la neutralidad es posible?

E.D.B.: Hay que ver qué es lo que se entiende por contaminación. Se considera que el feminismo en su conjunto es una ideología con la que se puede comulgar o no, desconociendo que el feminismo incluye un saber, un conocimiento sobre un orden de realidad invisibilizado, porque ya no se puede decir inconsciente, porque se sabe y no se acepta saber.

El psicoanálisis herramienta de trabajo de cualquier acción social.

M.J.D.: ¿Qué piensas de la formación psicoanalítica? ¿cómo se enseña y como se aprende psicoanálisis?

E.D.B.: Yo soy muy ortodoxa en esto. Creo que se basa en tres pilares tradicionales para su enseñanza y aprendizaje: el psicoanálisis propio, el conocimiento de la teoría, y la supervisión de los casos y el diálogo permanente con los colegas.

M.J.D.: ¿qué opinas del diagnóstico?

E.D.B.: que es importante, a pesar del descrédito actual, creo que el diagnóstico es la base de la orientación de la cura. El diagnóstico se hace de todas maneras, el problema es que se hace en forma insuficiente y no rigurosa, y que por lo tanto no se ponen al servicio del paciente todos los elementos disponibles. No se hace diagnóstico porque en realidad se aplica una sola teoría, no se elige dentro de las teorías vigentes aquélla que es la pertinente para el caso, sino que se aplica la única que se conoce, porque los psicoanalistas se forman en torno a escuelas, entonces un freudiano aplica la teoría freudiana, o sea, no tiene otra. El diagnóstico se hace cuando tu tienes un repertorio de posibilidades de aplicación a poner en práctica. Si no, ¿para que hacer diagnóstico?

M.J.D.: Frente al poder del psicoanalista con su diagnóstico, ¿cómo ves al paciente? Se habla de un etiquetamiento por parte, de la psiquiatría.

E.D.B.: La etiqueta lo único que hace es orientar la investigación. Si etiquetas simplemente para coagular una identidad, eso no es un diagnóstico psicoanalítico, pero no quiere decir que uno necesite comprender aquello que en la singularidad de ese individuo tiene una regularidad.

M.J.D.: ¿Qué tiene más peso en la formación del analista: la teoría, la práctica clínica, o el trabajo con el propio inconsciente?

E.D.B.: Mi propio trabajo, mi propio psicoanálisis, y mi juicio crítico, es decir, la posibilidad de acercarme al conocimiento con ideas a las cuales tengo que criticar para poder evaluar.

M.J.D.: Emilce, ¿qué les podrías decir a aquellas (os) analistas que desean trabajar el tema de la mujer y que se están formando?

E.D.B.: Yo les diría que den mucho crédito a su propio proceso, que tomen como modelo personal ser capaces de un análisis crítico de lo que escuchan, y que estudien ambas teorías: psicoanálisis y feminismo. Es necesario el mutuo conocimiento y el permanente trabajo de reflexión y de crítica, que no se casen con una sola.

M.J.D.: ¿Quién autoriza al analista a ser analista; qué piensas tu sobre el pase? con la experiencia de Elipsis, como escuela de enseñanza del psicoanálisis.

E.D.B.: Nosotros no formamos analistas, nosotros damos una formación teórica. Si el profesional quiere dedicarse al psicoanálisis lo orientamos a una formación continua. Como garantía de su relación con la verdad debe saber lo que sabe y lo que no sabe, aunque lo autorice una institución, la autorización deberá provenir de su propia evaluación.

M.J.D.: ¿No pasa por la universidad? Hay quien dice que el psicoanálisis no se estudia en la universidad.

E.D.B.: Se podría estudiar en la universidad, como no, si en la universidad se pudiera impartir una formación psicoanalítica. Yo no creo que haya un *locus* propio, creo que el psicoanálisis se puede estudiar en todo lugar que se enseñe, pero otra cosa es sentirse autorizado a tomar pacientes.

M.J.D.: ¿Qué te gustaría decir más en estos momentos?

E.D.B.: He dicho muchísimo, lo tenemos que dejar aquí.

M.J.D.: Gracias Emilce.